



mundo

heridas mostradas, más allá de los sentimientos que se dicen, más allá de las palabras habladas, nos pertenece.

Este espacio de reflexión nos invita, por lo tanto, a generar interrogantes fructíferos, procesos de pregunta y discernimiento que hagan un balance de los temas antropológicos y culturales que nos afectan. No eliminar el propio ser mujer, no olvidarlo, pero hacerle el centro de una reflexión específica debe ser un punto en la agenda de las mujeres consagradas, un desafío que proviene de María de Nazaret, una mujer colocada por el Espíritu, gratia plena, como modelo -puente entre las culturas femeninas. En el tiempo que vivimos es inevitable que comparemos la identidad de la mujer consagrada con las nuevas propuestas de identidad femenina inspiradas en la sociedad secular, de la que provienen las vocaciones jóvenes. Qué aspectos innovadores aceptar, cuáles someter a un escrutinio severo y en algunos casos incluso rechazar, juzgando que son conflictivos para una consagración permanente de la vida en el servicio de Dios, en el seguimiento de Cristo, constituye una tarea nueva e inevitable para las diversas formas de vida consagrada y en las instituciones de mujeres religiosas en la Iglesia. Una invitación también a una pedagogía adecuada.

Dios se manifiesta en el tiempo y está presente en los procesos de la historia. Esto le da prioridad a las acciones que generan nuevas dinámicas en la paciencia y la espera. La Iglesia, dice Francisco, necesita el punto de vista de las mujeres para que el Espíritu pueda crear. En este espacio, las mujeres consagradas deben encender en el tiempo, procesos de pensamiento y práctica.

La esclava poseída

Tanto el autor del libro de los Hechos como los biblistas la han ignorado por su condición

DE ESTHER MIQUEL

De entre los numerosos personajes con quienes se encuentra Pablo en el libro de los Hechos de los Apóstoles, la joven esclava poseída por un espíritu de adivinación (Hechos de los apóstoles 16,16-19) destaca por la poca atención que siempre ha recibido. Poca atención por parte del narrador, quien utiliza su brevísima aparición en el relato para dar razón del apresamiento de Pablo en Filipos, pero que luego se olvida totalmente de ella. Poca atención, también, por parte de los biblistas, quienes por lo general apenas se refieren a ella en sus comentarios, si no la ignoran por completo.

Este desinterés por el personaje está sin duda alentado por la actitud desdeñosa que Pablo, el protagonista del relato, tiene hacia ella. Aunque desde su primer encuentro con Pablo, la joven da constante y veraz testimonio de que él y su compañero Silas son siervos de Dios Altísimo y mensajeros del camino de salvación, el apóstol se desentiende por completo de sus palabras y de su persona, hasta que, hartado de ser constantemente seguido por ella, la exorciza.

La esclava queda despojada del espíritu de adivinación, gracias al cual conseguía pingües ganancias para sus amos, y éstos, furiosos, denuncian a los dos apóstoles ante las autoridades de Filipos acusándoles de predicar costumbres incompatibles con la forma de vida de los romanos.

Si analizamos el relato desde una perspectiva narrativa, sorprende que después de la denuncia, ningún personaje vuelva a acordarse de la esclava. Aunque el exorcismo que Pablo ha realizado sobre ella es la causa inmediata de que los dos apóstoles sean castigados por las autoridades con una sesión de azotes y una noche en prisión, ni sus amos hablan de ella ante las autoridades, ni a Pablo se le ocurre mencionarla para justificarse o defenderse de la acusación.





La autora

Después de la licenciatura en matemáticas en la Universidad

Complutense de Madrid, y un máster en Arts and Sciences en la Universidad de Harvard (Cambridge, Massachusetts),

Esther Miquel pasó a los estudios filosóficos y bíblicos en la Universidad Pontificia de Salamanca y, en

Jerusalén, en el Instituto Español Bíblico y Arqueológico y en la École Biblique et Archéologique.

Desde 1999 concilia el trabajo en la Agencia Estatal de Meteorología Española con la investigación independiente del Jesús histórico y los orígenes del cristianismo.

Este silencio parece indicar que, en el contexto socio-cultural del libro de los Hechos de los Apóstoles y sus lectores, la vida de una mujer esclava era tan irrelevante que nadie, ni siguiera un seguidor de Jesús, echaría de menos su presencia en el resto de la historia. De hecho, su breve intervención no parece tener otra función que la de enlazar narrativamente la conversión de Lidia (16,13-15) con la del carcelero (16, 25-34), y, quizás, introducir una nota de humor displicente en el relato.

Esta conclusión contradice, no sólo el carácter ejemplar que el comportamiento atento y misericordioso del Jesús terrenal debía, supuestamente, tener para sus seguidores, sino también las esperanzas y promesas de renovación religiosa y social proclamadas por muchos de los escritos neotestamentarios. Contradice el mensaje con el que comienzan los Hechos de los Apóstoles, cuando Pedro explica el comportamiento aparentemente descontrolado de los discípulos en Pentecostés refiriéndose a un oráculo de Joel en el que se anuncia la venida del Espíritu Santo sobre todo el pueblo. El oráculo parece haber sido elegido, precisamente, porque enfatiza el carácter extático y democrático de la intervención espiritual anunciada, que se manifestará por medio de sueños y visiones, incluso en personas socialmente insignificantes como los esclavos y las esclavas.

Ciertamente, Joel se refiere al espíritu del Dios de Israel y a esclavos y esclavas israelitas, no a esclavas gentiles poseídas por espíritus desconocidos. Sin embargo, el espíritu de adivinación que habla a través de la esclava de Filipos resulta ser un espíritu veraz que reconoce a Pablo y a Silas como auténticos siervos de Dios Altísimo enviados a proclamar el camino de salvación.

En este punto es preciso recordar que el monoteísmo judío antiguo, del que Pablo y el autor de los Hechos de los Apóstoles son herederos, no rechazaba la existencia de otros seres espirituales o sobrenaturales distintos del Dios de Israel. Dicho monoteísmo sólo exigía que esos seres no recibieran culto y no fueran considerados dioses, sino criaturas poderosas pero sujetas al único Dios, creador de todo cuanto existe. Aunque es verdad que algunos de esos seres espirituales o sobrenaturales eran capaces de oponerse a la voluntad del creador, muchos otros le servían fielmente como mensajeros e intermediarios. Y puesto que el espíritu profético de la esclava decía la verdad y, a diferencia de los espíritus impuros o malignos que aparecen en otros episodios de los Hechos de los Apóstoles (5,16; 19,13-16), no dañaba la integridad física o mental de la muchacha, no parece haber razón de peso por la que Pablo no pudiera reconocerlo como un espíritu leal al Dios único.

Para evitar cualquier desviación respecto a esta concepción de la divinidad, Deuteronomio 13, 2-6 ordena matar a cualquier profeta que, apoyándose en una predicción acertada, proponga el culto a otros dioses, y Deuteronomio 18,10-12 prohíbe la presencia entre los israelitas de adivinos, intérpretes de signos, magos y consultores de muertos. Sin embargo, ninguna de estas circunstancias se da en el caso que estudiamos. La esclava no anima a nadie a dar culto a otros dioses, ella misma no es israelita, y ni Pablo ni Silas le han solicitado un oráculo. Se trata de un signo gratuito procedente del mundo gentil que, de

forma análoga a las señales celestes interpretadas por los magos de Oriente en Mateo 2,1-12, da testimonio veraz en favor del Dios único de los judíos. Es sorprendente que el mismo Pablo que ha ido a Filipos obedeciendo las indicaciones de un gentil vislumbrado en una visión nocturna (Hechos de los apóstoles 16,9-10) no conceda ningún valor al testimonio extático de la muchacha.

La actitud de Pablo es todavía más difícil de entender si tenemos en cuenta que, según los mismos Hechos de los Apóstoles (17, 23-31), el apóstol estaba dispuesto a aceptar que el Dios verdadero, no sólo se había revelado a Israel, sino que también se dejaba descubrir por el instinto religioso de los gentiles, como demostraba el altar dedicado por los atenienses al “dios desconocido”. En otras palabras, si Pablo estaba dispuesto a ver en un dios al que los atenienses daban culto una manifestación velada del Dios verdadero ¿por qué no podía reconocer también en la proclamación de la muchacha gentil poseída una manifestación indirecta de ese mismo Dios?

Algunos exégetas intentan dar razón de la actitud de Pablo respecto a la esclava argumentando que expresa el rechazo al uso mercantilista de los poderes espirituales. Esta explicación es poco plausible. La esclava poseída proclama su mensaje sobre el Dios Altísimo y sobre la misión de Pablo y Silas fuera de cualquier contexto oracular, en lugares públicos y sin que nadie se lo hubiera requerido. En estas circunstancias, ni ella ni sus dueños habrían esperado beneficio material alguno por las palabras que el espíritu le inducía a pronunciar. Es más, el texto donde se narra el episodio ni siquiera sugiere que Pablo conociera el negocio de consultas oraculares que los dueños de la muchacha tenían organizado.

Así pues, a falta de explicación alternativa, la sugerencia propuesta más arriba, según la cual la causa del desprecio del autor de los Hechos de los Apóstoles y de su protagonista Pablo hacia el testimonio del espíritu de adivinación es la irrelevancia sociocultural de la persona poseída, se perfila como la más plausible.

No es infrecuente, en efecto, que un grupo humano rechace conocimientos útiles o valiosos por el mero hecho de que sus portadores pertenecen a colectivos



carentes de suficiente reconocimiento o valoración social. Esto era muy habitual en las sociedades agrarias y patriarcales del entorno mediterráneo, donde las categorías y valoraciones relacionadas con las construcciones sociales del género y el estatus estaban tan arraigadas que eran consideradas parte de la naturaleza de las cosas.

Las categorías y valoraciones sociales con las que el sistema patriarcal antiguo construía los conceptos de “varón” y “mujer” destacan por la rigidez de sus diferen-



ciaciones, pensadas muchas veces como oposiciones, y por su marcado sesgo preferencial por lo masculino en detrimento de lo femenino. Las culturas patriarcales caracterizan a la mujer como menos racional que el varón, con menor capacidad de autocontrol, más propensa dejarse engañar por las apariencias y más vulnerable en general. Estas valoraciones negativas eran utilizadas para justificar su falta de derechos políticos directos, su reclusión en el ámbito de lo doméstico y su sometimiento al varón en la figura del cabeza de familia o del tutor.

Otra de las categorizaciones más determinantes de la estructura social antigua es la que oponía a libres y esclavos. Aunque todo el mundo sabía que las guerras podían arrebatarse súbitamente la autonomía de una persona, el hecho de que el esclavo estuviera privado de su capacidad para decidir el curso de sus acciones le convertía, a los ojos de los libres, en un ser inferior; del que no se podía esperar un comportamiento auténticamente moral y, menos aún, honorable.

La joven exorcizada por Pablo en los Hechos de los Apóstoles es mujer y es esclava. Pertenece, pues, a uno de los colectivos más despreciados en el mundo antiguo y es seguramente esta total falta de estatus social lo que justifica, a los ojos del autor del libro y de sus lectores, la actitud desconsiderada de su protagonista hacia ella.

Encontramos aquí un fenómeno sociocultural que se repite una y otra vez en la trayectoria de nuevos movimientos religiosos: posibilidades de cambio impulsadas por el movimiento en sus orígenes quedan pronto frenadas debido a presupuestos culturales hondamente arraigados que continúan lastrando la mentalidad de muchos miembros. Esto se observa con frecuencia en movimientos que, como el Cristianismo naciente, fundamentan gran parte de sus creencias y prácticas en experiencias extraordinarias y fenómenos extáticos. El que estas experiencias y fenómenos se sometían con dificultad al control humano, junto con la convicción de que tienen un origen divino, los hace aptos para vehicular impulsos igualitarios y radicalmente innovadores: Si el dios o el espíritu inspira a quien él quiere y como él quiere, nadie puede pretender controlar sus revelaciones apelando a un cargo, un rango o una posición social. Sin embargo, en la medida en que entre los miembros del movimiento persistan valores culturales opuestos a esos impulsos de cambio, no cesarán de surgir líderes que pretendan frenarlos limitando el acceso a lo extraordinario o reservándose el derecho a interpretarlo.

El libro de los Hechos representa una fase de la historia del Cristianismo naciente en la que las experiencias extraordinarias y los fenómenos extáticos siguen teniendo gran valor y autoridad, pero el peso de ciertos presupuestos culturales relativos al género y al estatus empieza a contrarrestar su impulso democratizador.

Así, aunque muchas iniciativas y acontecimientos que hacen avanzar el relato tienen su origen en experiencias extraordinarias y fenómenos extáticos, el narrador no disimula su interés por limitar el acceso al poder espiritual emanado de los mismos a ciertos personajes cuya forma de liderazgo se quiere de este modo acreditar. Vemos, por ejemplo, que la comunidad de Jerusalén envía a Pedro y a Juan para que sean estos líderes concretos quienes, imponiendo las manos a los recién bautizados en Samaria, hagan venir sobre ellos el Espíritu (Hechos de los Apóstoles 8,14-17). En abierta oposición a la tradición evangélica (Marcos 9,38-40; Lucas 9,49-50), el autor de los Hechos no permite que unos exorcistas itinerantes cualesquiera utilicen el nombre de Jesús para liberar a un endemoniado (Hechos de los Apóstoles 19,13-17). Es decir, está más interesado en reservar el uso eficaz de este nombre a los líderes acreditados de su historia que en mostrar los beneficios que Jesús resucitado suele dispensar cuando es de este modo invocado.

Podemos concluir que la actitud de Pablo hacia la joven esclava en el libro de los Hechos de los Apóstoles indica que su autor está más interesado en reservar el privilegio de dar testimonio sobre el Dios Altísimo a unos apóstoles, descritos siempre como varones libres de comportamiento honorable, que en glorificar a ese mismo Dios por haberse dejado revelar a través de una humilde esclava poseída.

San Pablo representado en la iglesia de los Santos Víctor y Corona en Rivalta (Turín)

Abajo, Catacumbas de los Santos Marcelino y Pedro (Roma)